

15 de Marzo de 1909. Año VI. N.° 125.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

El reclutamiento de soldados en Inglaterra

Difícil es afirmar cuál de los distintos métodos de reclutamiento empleados por las distintas naciones es el mejor y más conveniente; unos se declaran partidarios del servicio militar obligatorio, con ó sin redención á metálico, y dentro de ella, á cuota fija ó gradual y proporcionada á la fortuna del redimido; otros, en cambio, cantan las excelencias del sistema del voluntariado, ó sea la del soldado profesional, á quien hay que poner sólo el reparo de lo caro que resulta. No hemos de entrar en análisis de tales sistemas, pues no es asunto pertinente al objetivo de esta Revista; y sólo á título de curiosidad vamos á escribir unas líneas, á modo de explicación del grabado, que creemos interesante, que presentamos á nuestros lectores.

El inglés se hace soldado lo mismo que pudiera hacerse zapatero ó albañil; en nada se parece al de las demás naciones, y entra á formar parte del Ejército, quizás más pintoresco, por un procedimiento curioso. Sargentos reclutadores, cuando hacen falta soldados, recorren el país y van por pueblos y aldeas predicando las excelencias de la vida militar, con objeto de enganchar mozos; recurren á toda clase de procedimientos, que emplean como señuelos, para atraer á los jóvenes, exaltando su fantasía; llevan grandes carteles, en los que, con vivos y llamativos colores, van cromolitografiados los más bellos y atractivos tipos de soldados, vestidos con brillantes uniformes, y hasta se llega al extremo de dar sesiones con linternas mágicas. Es muy frecuente ver por las calles y plazas de las poblaciones, carteles como los indicados, en los que se citan las condiciones que deben reunir los aspirantes á soldados.

Jóvenes sin medios de vida, empleados sin colocación y obreros sin trabajo, que anhelan ganar unas pesetas, acuden seducidos por las ventajas que se les ofrecen, y firman un contrato que les obliga con el Estado, quien, á su vez, queda sujeto á cumplir las condiciones estipuladas, y de tal suerte el hombre se hace soldado, quedando bien vestido, bien comido y alojado y con unos cinco reales diarios de sueldo.



Cartel empleado por los reclutadores en Inglaterra.

Cuando, pasados varios años, el soldado se aficiona á su servicio y pretende contraer matrimonio, el Gobierno le proporciona medios para realizarlo.

El cartel anunciador que reproducimos, lleva un texto que en la parte superior y en gruesos caracteres dice: *Se desean soldados para la Infantería de la Guardia de S. M.*, y en la parte inferior dice: *Condiciones* «edad de diez y ocho á veinticinco años; talla para los menores de veinte, 5 pies y 7 pulgadas; para los mayores de veinte años, 5 pies y 8 pulgadas al menos.»

«Ventajas generales del Ejército: hay un libro que habla de la situación del soldado: contiene todas las noticias referentes á alimentación, vestuario, cuarteles, alumbrado y calefacción, servicio médico, primas otorgadas para el tiro al blanco, bibliotecas, círculos, escuelas militares, etc. Este libro se enviará gratuitamente al que lo solicite á los despachos de correos del reino, á los sargentos inspectores voluntarios ó á otros agentes reclutadores»

Tal es el especial sistema de reclutar el soldado inglés; no sabemos si debido á lo muy caro que resulta el Ejército enganchado ó á la dificultad, cada día creciente, de encontrar bastante número de voluntarios para nutrir las filas, cada vez más numerosas, se tiende, á lo que parece, á variar el procedimiento de recluta, con objeto de que el número de mozos con que se cuente sea suficiente para subvenir á las necesidades del Ejército.

Novelescas aventuras de dos mujeres piratas

A la entrada de la bahía de Kingston, en Jamaica, hay un islote, famoso por estar su historia relacionada con la de dos mujeres cuya vida podría servir de argumento á una novela ó á una zarzuela de gran espectáculo, según nuestros lectores mismos podrán juzgar cuando la conozcan.

Hace dos siglos, año más ó menos, ensangrentaba el mar de las Antillas con sus fechorías un temible corsario, el capitán Rackham, á quien los barcos de guerra ingleses perseguían sin descanso. Por último, un navío de la Marina británica, al mando del almirante Cour, le dió alcance en Port Royal el día 16 de noviembre de 1720, é inmediatamente la tripulación pirata fué condenada á la horca y conducida al islote de que se ha hecho mención, donde había de ejecutarse la pena.

Antes de sentenciar á aquellos malvados, el juez, según es costumbre en tales casos, preguntó á cada uno de ellos si tenía algo que alegar en su defensa. Todos hicieron un signo negativo, mostrando con el gesto que despreciaban semejante fórmula; mejor dicho, todos, no; que hubo un joven esbelto y de bello semblante, que adelantándose un paso, exclamó:

—¡Señor, soy mujer!

El juez creyó haber oído mal; era algo aficionado al ron, y ya pensaba si la noche antes le habría trastornado la cabeza su bebida favorita, cuando vino á sacarle de su meditación la risa histérica de otro pirata, no menos gentil, que murmuró:

—Yo también lo soy, señor; me llamo Ana Bonney, y ésta es María Read.

Por de contado se suspendió la ejecución de estas dos misteriosas personas, y después de haber ahorcado á los demás piratas, el juez se dedicó á indagar lo que hubiera de verdad en lo que aquellas mujeres disfrazadas aseguraban acerca de su personalidad.

En efecto, Ana Bonney era hija de un procurador irlandés que se fugó de Cork con una criada y se estableció como colono en Carolina, donde hizo fortuna. Solicitada por los jóvenes más ricos del país, Ana los despreció á todos, y, demostrando ya su afición á las aventuras, se dejó raptar por el patrón de un barco, hombre enamorado, pero sin más bienes que los que la casualidad pudiera proporcionarle. La parejita tuvo que huir á las Bahamas, donde él se dedicó á la piratería, mientras ella estableció una taberna.

Esta vida no podía agradar á Ana, y mucho menos la soledad en que su marido la dejaba durante largas temporadas.

Por entonces, Rackham, el capitán pirata, pasó unos días en New Providence, y habiendo visto á Ana, se sintió hasta tal punto esclavizado por sus encantos, que, aprovechando una ausencia del marido, la persuadió á huir en su barco con él. La joven adoptó el traje masculino y se embarcó como un hombre más; Rockham era el único que conocía su sexo.

Llegamos ahora á lo más novelesco. El carpintero del barco corsario era un gallardo joven, que podía rivalizar en hermosura con el famoso Ganimedes. Siempre apasionada, y hastiada ya del rudo Rockham, Ana Bonney se enamoró perdidamente de aquel marinero, creciendo su amor cuando le vió dar repetidas muestras de valor en algunos combates. Como en un barco puesto fuera de la ley no es cosa de andar con remilgos y conveniencias sociales, una noche buscó Ana al carpintero, se arrojó á sus plantas y en medio de un mar de lágrimas le confesó á la vez su sexo y su amor. Con gran asombro suyo, el supuesto joven echóse á reir, y contestó:

—¡Si yo también soy mujer!

Las dos mujeres se abrazaron tiernamente, y desde entonces fueron excelentes amigas, no pasando ni una hora sin que se las viera juntas.

Rackham, ignorando quién fuese su carpintero, llegó á estar de tal manera celoso, que poco faltó para que en un momento de ira no las arrojase á las dos al mar. Ana supo evitarlo, declarando al capitán que el carpintero era una mujer y que su verdadero nombre era María Read.

La historia de María es aún más romántica y extraordinaria que la de Ana. Desde niña se la había hecho pasar por chico, á fin de que pudiera obtener una pensión de su abuela, que no podía ver á las muchachas. La vieja murió, y María, acostumbrada al traje y á los modales masculinos, fué primero paje de una dama francesa, más tarde grumete y por último soldado, alistándose en un regimiento de Infantería inglesa y haciendo en él la guerra contra los holandeses.

Uno de los camaradas de la joven cautivó el corazón de ésta, y como el amor no puede estar oculto mucho tiempo, cierto día el soldado la encontró sollozando en su tienda y comprendió toda la verdad. Pronto se hizo pública la singular historia, y los novios contrajeron matrimonio en presencia de todo el regimiento. Se les eximió del servicio militar y se les proporcionaron medios para que estableciesen una posada.

Cuando mejor iba el negocio, el marido murió. María volvió á tomar el traje masculino, y de nuevo se alistó en el Ejército, donde permaneció hasta la paz de Utrecht. Habiendo entonces recibido la absuluta, pasó á formar parte de la tripulación de un barco de guerra de los que hacían el servicio en las Indias Occidentales; pero la nave fué apresada en el mar de las Antillas por Rackham, y la joven, antes que ser arrojada al mar, prefirió hacerse pirata.

También María se enamoró en el barco de un carpintero; pero éste era un carpintero de veras, y por cierto que la muchacha tuvo por causa suya un desafío con otro pirata, al que dejó atravesado con su espada.

El rey de Inglaterra, cuando conoció la historia de las dos mujeres, las indultó. Para María, el perdón llegó tarde, pues había muerto en la prisión; en cuanto á Ana, terminó sus días reunida con algunos parientes que aún tenía en Carolina.

Desde aquellos acontecimientos, el islote de coral de la bahía de Kingston lleva el nombre de «cayo de Rackham». El esqueleto del jefe pirata estuvo colgando de la horca durante dos años; el ciclón de 1722 lo arrebató de allí, destrozándolo contra la costa.

Suceso trágico

En Rostof (Rusia), se desarrolló en una de las noches del pasado mes de febrero, un trágico suceso, del que fué protagonista y también víctima el teniente Bokoff, prometido de la hija del comandante Tcherxozoboff y con la que luego de llegar á una excesiva intimidad, ya no quería casarse.

No sabía el teniente cómo zafarse del compromiso adquirido, y á fuerza de imaginar planes de ruptura, no debió encontrar otro más expeditivo que suprimir á la novia, á los futuros suegros y hasta suprimirse él mismo, con lo cual evidentemente la boda ya no podía efectuarse.

La noche elegida para que la tragedia se desarrollara, se quedó el teniente Bokoff en casa de sus presuntos suegros, esperó que todos durmieran y dirigiéndose á la habitación del comandante le hizo varios disparos, marchando acto seguido á la de su novia y su madre, á las que hizo su sueño eterno merced á varios tiros que sobre ellas disparó.

No satisfecho con el empleo de las armas de fuego, requirió su sable y acribilló materialmente los cuerpos de sus víctimas; dando fin á su exterminadora obra con su suicidio, que llevó á cabo degollándose.

El Ejército municipal de París

Está sobre el tapete, como quien dice, la reorganización de los servicios de Policía municipal en Madrid, que, en realidad, no responde, tal cual está montada, á las necesidades de una capital de primer orden. Modelo de esta clase de servicios en España es el Cuerpo municipal de Barcelona, del que no hemos ahora de ocuparnos. Nos limitamos por hoy á presenta á nuestros lectores diversos tipos de los agentes que sostiene la Municipalidad de París.

De izquierda á derecha del grabado que acompaña á estas líneas podrán ver: un agente de la brigada fluvial destinada á vigilar las márgenes del Sena y prestar auxilio á los muchos desesperados que buscan en sus aguas el imaginario alivio de sus penas; un agente ciclista, un guardia municipal á pie, dos agentes para servicios especiales, un guardia ciclista de los destinados á cuidar de la circulación ordenada de automóviles, un bombero y un guardia á caballo.



Agentes de la Policía municipal de París.

Un destripador de mujeres en Berlín

Nuevo Jack que aterra al sexo débil.

No habrá uno solo de nuestros lectores que no recuerde los monstruosos crímenes del célebre Jack, el destripador, que hace años consiguió aterrar á todo Londres, asesinando, varias mujeres, cuyos cadáveres mutiló luego horrorosa y repugnantemente, desapareciendo como un fantasma y dejando en el misterio más absoluto el móvil de aberraciones tan espantosas.

Mayor terror que el que se produjo entonces en Londres reina ahora en Berlín; desde hace cerca de un mes, un malhechor del mismo género campa por sus respetos en la capital de Alemania, atacando á indefensas mujeres, que son víctimas de los feroces instintos del criminal ó loco. En la primera semana que actuó, veinticinco mujeres fueron atacadas y heridas más ó menos gravemente, siempre con igual instrumento, al parecer, y siempre en el mismo sitio: en las ingles y en el bajo vientre.

Luego, ya sea por la precipitación al cometer sus atentados para poder huir, bien sea que los crímenes los cometan varios individuos, las heridas causadas van repartiéndose en distintas partes del cuerpo. Los hechos criminales se han multiplicado y raro es el día en que no se cometan tres ó cuatro, al menos, de estos repugnantes y monstruosos ataques, de los que se ignora el fin. ¿Será venganza, sadismo ó locura? Eso es lo que hasta hoy se ignora. Lo cierto es que en Berlín ha llegado á preocupar hasta tal punto la horrible repetición de estos crímenes, de los que ya han resultado muertas siete infelices mujeres y heridas un número considerable, que hasta en el Parlamento se ha tratado del infame destripador y de los medics que deben adoptarse para su captura.

Se han ofrecido premios de importancia en metálico para quien capture al asesino; se ha llegado á recomendar al público, que cuando conozca un atentado, abandone á la víctima para no ocuparse sino en la persecución del bandido, que con un cinismo sin ejemplo, no realiza tan sólo sns hazañas en la obscuridad y en el aislamiento, sino que acomete á sus víctimas en todas partes, sin distinción de clases, en pleno día, en las escaleras de las casas, en los paseos, en la calle, á veces en medio de la concurrencia, consiguiendo siempre escapar.

La Policía, que presta un servicio extraordinario de vigilancia, está extenuada, material y moralmente, ante la infructuosa campaña que practica. Acude á un sitio donde se ha cometido un atentado, y cuando á él llega, recibe noticias de que otro vandálico hecho ocurre en el puesto que abandonó. En fin, que andan locos y de cabeza, sin conseguir averiguar nada acerca del energúmeno ó energúmenos que cometen actos tan reprobables.

Al inspector Hotte se le ha confiado la misión de organizar los servicios de vigilancia para conseguir la detención de los autores de los crímenes, y ha dispuesto, en primer lugar, que los porteros de las casas ejerzan una vigilancia rigurosa en el espacio frente á ellas; se han colocado en todas las calles y callejuelas de Berlín, día y noche, relevándose cada cuatro horas, individuos pagados por la Asociación de propietarios urbanos y que están á una distancia de 12 metros unos de otros; se han formado además patrullas especiales, y quinientos agentes recorren la población en busca de los misteriosos criminales.

A pesar de tales medidas, las agresiones continúan sin cesar, y el número de las mujeres apuñaladas va creciendo, aumentando cada vez más el terror y el espanto de la capital berlinesa.

Es de desear que la Policía tenga la verdadera fortuna de dar pronto caza á ese monstruo humano, azote del sexo débil, para quien no estaría de más se resucitaran suplicios de otros tiempos, pues la ejecución capital es castigo demasiado suave y humanitario para un bandido tan repugnante, verdadero aborto de la naturaleza, á quien, ya que sus crímenes son excepcionales, excepcionalmente se debiera castigar, para que la ejemplaridad de la pena impuesta y del castigo infligido impidiera en mucho tiempo la repetición de casos idénticos.

Procuraremos seguir con atención el desarrollo de este emocionante asunto, para tener al corriente á nuestros lectores de lo que suceda; á no dudar, será capturado el criminal y ha de ser interesante conocer su psicología.

Costumbres carcelarias

La coquetería de las presas.

De las memorias de Miss Weston, empleada del Cuerpo de Penales, que pasó largos años en las cárceles inglesas, tomamos interesantes noticias que muestran uno de los más curiosos aspectos del carácter femenino. La coquetería, la obsesión del bien parecer, que ocupa lugar preferente en la existencia de la mujer, no desaparece, como puede creerse, cuando se encuentra recluída, y, por lo tanto, á cubierto de varoniles miradas; no abdica la mujer sus pretensiones á la elegancia, antes bien, constituye una pasión que reviste caracteres de una verdadera monomanía, de contagio irresistible.

La severidad del régimen interior de las cárceles inglesas impide que en ellas entren coloretes y afeites dedicados á la *toilette* femenina, por lo cual, las presas que no renuncian al embellecimiento artificial, acuden á procedimientos extraños y hasta repugnantes en ocasiones. La privación de tales menudencias, que parecerán superfluidades, es, sin embargo, de las más dolorosas para las presas, sobre todo, para aquellas que vivieron en grandes poblaciones.

Hay presas que lamen pacientemente las paredes de su celda para obtener, tras de tan repugnante operación, una papilla asquerosa que les sirve para blanquear su tez. Se cita á una reclusa que aparecía siempre con más colorete en sus mejillas que el que emplean las actrices de teatro barato, sin que los vigilantes pudieran averiguar de dónde sacaba aquel afeite, por más que observaban y se devanaban los sesos. No había que dudar de que la individua poseía buena cantidad de colorete, pues se pintaba escandalosamente, provocando la envidia de las demás compañeras de prisión. Por fin, se dió en la clase del enigma: la tela de que se hacen las camisas para los presos de la cárcel, tenían de trecho en trecho unos hilos de color carmín; la coqueta incorregible sacaba con paciencia los hilos uno á uno, y ya sólo le quedaba ponerlos en remojo durante el tiempo preciso para que tiñeran el agua con que se pintaba el rostro para triunfar de sus rivales. Gracias á esta superioridad sobre las demás, parece olvidaba las penas que le ocasionaba la falta de libertad. ¡Admírese el ingenio de la mujer, que en la soledad de la vida de reclusa, concentra toda su voluntad en un insignificante y pueril deseo, que constituye para ella capitalísima importancia!

Uno de los hechos más notables es el de una presa que consiguió hacerse un corsé. Desesperada por lo desgalichado que le resultaba el cuerpo bajo el uniforme carcelario, aguzando su ingenio, consiguió, al fin, burlando la vigilancia de las empleadas, hacerse con un corsé que le sujetara las esplendideces de sus carnes sueltas.

Las ventanas de las celdas donde se encerraba á las presas rebeldes, en vía de castigo, tenían un enrejado de alambre; se había hecho castigar infinidad de veces la presumida reclusa, con el solo objeto de ir apoderándose de algún trozo de alambre, con los que se tejió un corsé con que poder apretar su talle y aparecer más bello, no á los ojos de los hombres, pues ninguno podía contemplarla, sino á los ojos de sus compañeras.

Cualquier arreglo, la más mínima variación que puedan hacerse en el feo uniforme del presidio, preocupa y seduce á las presas de un modo apenas concebible; un pliegue más ó menos, mayor ó menor vuelo, el ajuste de las prendas en ciertos sitios, para que resulten lo más elegantes y vistosas, es tarea á que todas se dedican con verdadero afán.

Cuando en talleres ó patio se reúnen las presas, discútese con calor acerca de las distintas reformas insignificantes que el traje admite, y así como en el mundo, hay también en las cárceles reinas de la moda, que imponen á las demás su gusto ó sus caprichos.

Pero donde más vivamente se muestra la femenina coquetería es cuando llega el terrible momento de cortar la cabellera á las reclusas. Las mujeres que voluntariamente se colocaron fuera de la ley, y que con sus crímenes afrontaron el odio y el desprecio de las gentes, desfallecen ante la idea de que las van á dejar pelonas, ó lo que es lo mismo, que las van á arrancar algo que las embellece, con lo que sufre gran detrimento su vanidad. Cuando tal operación va á practicarse, lloran, suplican, imploran de rodillas y, agotados tales medios, se alzan y revuelven iracundas y furiosas, obligando casi siempre á que se las rape empleando la fuerza.

Hay presidiarias que han cometido hasta asesinatos y que parecen insensibles é incapaces de enternecerse, y que, sin embargo, derraman las primeras lágrimas al ver caer la mata de sus cabellos. No cabe duda de que lo último de que abdica la mujer es la coquetería.

En una cárcel de hombres introdujo su director un sistema muy original para premiar la buena conducta de los penados. Dividió á éstos en tres categorías, según su conducta, y á cada grupo asignó el uso de un traje distinto, consistente el primero en el de paño pardo ordinario; el segundo, en ser de tela parda con cuadros azules, y el tercero, en trajes de color gris, cuyo corte y confección se diferencian muy poco de los ternos de vestir por la calle. Para tener derecho al segundo traje se necesita un plazo de conducta buena, y para usar el traje gris, la conducta debe ser ejemplar é incorregible, perdiéndose los derechos adquiridos cuando se comete la más ligera falta. El sistema parece que ha dado resultados admirables; no hay cárcel donde se observe mejor conducta y donde los reclusos sean más disciplinados; casi todos conquistan bien pronto el premio del uso del traje gris. Ello indica que también el sexo fuerte siente la coquetería del bien vestir.

Si tal sistema se implantara en las prisiones de mujeres, seguramente que obtendría maravillosos resultados, pues que harían lo humanamente posible para no merecer nunca el más ligero castigo ni la más leve reprensión, así es que creemos que el método indicado está llamado á constituir un elemento importante en el régimen carcelario, pues á tanto llega el poder de la coquetería.

Penas en la Edad Media

El Código memorable de *las Partidas* es una de las legislaciones penales más feroces. Al través de los siglos, cuando ya el progreso ha sentado sobre bases científicas la pena, proporcionándola al delito que repara, resulta curiosísimo el recordar las penas de dicho Código. Véase alguna.

Al reincidente de denuestos á Dios ó la Virgen María, se le marcaba con hierro candente en los labios, y si la reincidencia era doble, se le cortaba la lengua.

Al mozo que forzase á mujer cristiana virgen, se le imponía la pena de lapidación (apedreamiento).

Al parricida se le azotaba en público, y después, metido en un saco de cuero, bien atado ó cosido, con un perro, un gallo, una culebra y un simio (mono) se le arroja al mar ó al río.

El autor de hurto de diez ovejas, cinco cerdos, cuatro yeguas ó vacas, ú otras tantas bestias ó ganados, era condenado á muerte.

El autor de testimonio falso en pleito criminal, también tenía pena de muerte.

Con igual pena se castigaba al que falsificaba moneda, privilegios ó sellos del Rey ó del Papa, y en el primer caso la pena había, precisamente, de sufrirla siendo quemado vivo.

El reo de traición era también condenado á muerte; sus bienes, confiscados, y sus hijos varones tenidos por infames y privados de ser caballeros, obtener dignidad, ni oficio, ni recibir herencia ó legado alguno de parientes ni de extraños.

Para la ejecución de la pena de muerte dejábase al juez en libertad de elegir, salvo determinación expresa del Código, entre enforcar, quemar ó echar á las fieras al delincuente.

Páginas trágicas de la Historia

Suplicio de Juana de Arco, la doncella de Orleans

Nada más interesante que la poética figura de la heroína francesa, cuya corta vida y trágico fin vamos á trazar á grandes rasgos.

En Domremy, pequeña aldea de los Vosgos, nació Juana, en 6 de enero de 1412, siendo sus padres Jacobo d'Arc é Isabel Romel, siervos de un noble llamado Bourlemont, labradores que habían estado regularmente acomodados, pero á quienes las calamidades de la guerra de los Cien Años habían colocado en situación próxima á la indigencia. La educación de nuestra heroína quedó reducida á enseñarle el Padre Nuestro, el Ave-María y el Credo, y á coser é hilar. Sus ocupaciones, aparte de los quehaceres domésticos, se limitaban á guardar ganados.

De carácter reflexivo, á pesar de su corta edad, amaba la soledad, pasando largos ratos ensimismada, con la vista fija en el suelo. Piadosa en extremo, dotada de una fe ardiente, veía con lágrimas en los ojos las inmensas desgracias que causaba la sangrienta lucha entre borgoñones y armagnacs, partido este último en el que figuraba su pueblo. De 1424 á 1428 penetraron en el país los ejércitos enemigos, y los habitantes lograron salvar sus vidas refugiándose en un castillo próximo; pero no así sus haciendas, pues cuando regresaron á sus hogares, pasado el peligro, los encontraron destruídos por el saqueo y el incendio. Tal espectáculo exaltó el alma tierna y soñadora de la joven Juana, que, influída por su ardiente imaginacion y el amor á la Patria, concibió el heroico proyecto de ser la víctima propiciatoria y el instrumento activo de la divina justicia.

Cuenta la tradición que cuando tenía Juana sólo trece años, en el verano de 1425, oyó un día en el jardín de su casa la voz de un ángel que le recomendaba que fuese buena y piadosa y que marchara á Francia á luchar para conseguir la libertad del reino, y que poco después también se le aparecieron Santa Catalina, Santa Margarita y San Miguel, prometiéndola la ayuda para la patriótica empresa. Tales apariciones, cada vez más frecuentes y distintas, fascinaron por completo el espíritu de la vidente, siendo desde entonces su única y constante preocupación cumplir los celestiales designios.



Ejecución de Juana de Arco.

Los deseos de realizar sus proyectos fueron acogidos por sus padres, primero con inquietud, con severidad luego y con cólera por fin. Tuvo la arrojada joven que luchar con no pocos obstáculos, pues su padre hasta llegó á jurar que la ahogaría; tres veces se fugó de la casa paterna y las tres fué restituída á ella, llegando su padre á convencer á un joven para que acudiera á los Tribunales exigiendo de Juana el cumplimiento de una fingida promesa de matrimonio. Manifestó la joven ante ellos que su honestidad y su vida las había consagrado á la misión que trataba de cumplir, desmintiendo al falsario joven, que perdió su pleito.

La fuerza sobrenatural de que Juana se creía animada, fué poco á poco transmitiéndose á sus paisanos, que llegaron á creer en profecías, según las cuales, la joven estaba llamada á salvar á su Patria, y tanto entusiasmo se despertó por la idea, que, al fin, protegida por el duque de Lorena y vestida con un traje de hombre que le costearon los vecinos de Vaucouleurs, y armada con lanza, espada y daga, emprendió la marcha, escoltada por algunos ginetes.

Tenía entonces Juana d'Arc diez y siete años y era alta, fuerte, morena, bien desarrollada, airosa, de voz aguda, pero muy dulce. Para llegar hasta el rey, que residía entonces en el castillo de Chinon, tuvo que recorrer 120 leguas, que las anduvo á caballo en once días, llegando el 6 de marzo de 1429 ante los muros de la real mansión. Recibida por Carlos VII, salió airosa de varias pruebas á que el monarca la sometió para convencerse de que no se las había con una impostora, y obtuvo un *estado* ó mando militar con un servicio agregado á su persona.

Posesionada del mando de su tropa, envió á buscar

una espada que la revelación le había indicado se encontraba enterrada detrás del altar de la iglesia de Santa Catalina, donde efectivamente se encontró, proveyéndose, además, de un hacha de mano que llevaba siempre pendiente del cinturón de su coraza, y de un estandarte, que hizo que pintara un artista de Tours.

Trasladóse á Blois, y, el 25 de abril de 1429, se puso en campaña y para librar á Orleans, única esperanza de Carlos VII, que estaba sitiada por los ingleses y en tan angustiosa situación que ya se preparaba á rendirse, pudo introducirse en la plaza y dió principio á una serie de afortunadas operaciones, en una de las cuales resultó herida, que acabaron por obligar á los ingleses á levantar el cerco. Marchó entonces á ver á Carlos VII, que la recibió prodigándola grandes honores, siendo también aclamada por los pueblos donde pasaba. La coronación del monarca debía celebrarse en Reims, y para llegar allí hubo de desalojar de enemigos las márgenes del Loira, ganando en 18 de junio la memorable batalla de Patay, siguiendo luego en triunfal marcha por la Champaña, apoderándose de Troyes y llegando á Reims tras de diez y ocho días de marcha, habiendo recorrido ¿0 leguas. Luego de ser consagrado el rey, avanzó Juana hasta Soissons, tomó la plaza de Saint Denis y puso sitio á París, siendo herida en uno de los asaltos que se dieron á una de sus puertas, y no logró apoderarse de la ciudad por haber Carlos VII ordenado se levantara el sitio.

La familia de Juana fué ennoblecida por el rey y ella fué colmada de honores; pero, convencida de lo poco que Carlos valía, se separó de él en cierto modo, y continuó peleando sin cesar. En mayo de 1430, se encontraba Compiegne sitiada por los borgoñeses; Juana defendía la plaza y en una salida que hizo se vió rodeada de enemigos. Nunca desplegó mayor intrepidez y sangre fría; pero habiendo caído su caballo sobre ella, cuando se esforzaba por salir de aquel lance, un hombre de armas, el bastardo de Wandome, vasallo del duque de Borgoña, la hizo prisionera.

La noticia de la prisión de nuestra heroína se recibió en París en la mañana del día 25, y el 26 escribía el vicario general, vicegerente del inquisidor, al duque de Borgoña reclamándole la causa de Juana, acusada de «haber sembrado, dogmatizado y publicado diversos errores contra el honor divino y nuestra santa fe».

Encerrada la doncella en Beaulieu en Bermandois, trató de fugarse, por lo que fué trasladada al castillo de Beaurevoir, cerca de Cambray, donde tuvo por carceleras á dos damas de gran distinción, que, además de guardarla grandes consideraciones, trataron de salvarla la vida. Entregar á Juana á los ingleses era tanto como condenarla á una muerte cierta, y en nombre de la humanidad, aquellas piadosas señoras instaron á Juan de Luxemburgo, conde de Ligny, en cuyo poder estaba la joven, para que rechazara las repetidas instancias del rey de Inglaterra. Resistió á ellas algún tiempo el de Ligny; pero, al fin, vendió á la desdichada prisionera por una cantidad equivalente á unas 16.000 pesetas.

Desesperada Juana y prefiriendo mil veces la muerte antes que verse en poder de los ingleses, resolvió arriesgarlo todo y se arrojó desde una torrecilla de su prisión, siendo recogida al pie de ella, herida, pero curó al poco tiempo y fué l'evada á varias fortalezas, de paso á Rouen, donde había de fallarse su proceso. El obispo de Beauvais, Pedro Cauchon, fué el principal actor del drama que iba á desarrollarse. Por orden de Enrique IV, rey de Inglaterra, fué entregada Juana al obispo y sus asesores que debían juzgarla, reservando al rey el derecho de revisar la sentencia.

En esta ligera reseña no cabe dar cuenta de todas cuantas iniquidades se cometieron en aquel proceso. Baste decir que desde su llegada al castillo de Rouen, en diciembre de 1430, estuvo la heroica doncella encerrada en una jaula de hierro que la obligaba á permanecer derecha, sujeta por el cuello, brazos y piernas; que por guardianes tenía á los más soeces y corrompidos soldados, que la ultrajaban, insultaban é impedían que pudiera descansar, recordándole á todas horas que iba á ser quemada viva. Al fin, los jueces la declararon culpable de heregía y de otros delitos y, el 24 de mayo de 1431, fué conducida al cementerio de Saint Ouen, donde, después de escuchar el sermón que se acostumbraba en tales casos, firmó una fórmula de abjuración, evitando con ella la pena de muerte, que le fué conmutada por la de prisión de por vida, con sólo la alimentación de pan y agua. Bien pronto se arrepintió Juana de aquel momento de debilidad y declaró nula su retractación, originando con ello la sentencia definitiva, que decía textualmente: «Te declaramos relapsa y herética, expulsada y excluída de la Iglesia y te entregamos al Poder secular, rogándole que modere su juicio en tu favor, evitando la muerte y la mutilación de tus miembros.»

Tal era la fórmula; pero el Poder secular, ó sea el bailío se limitaba siempre á decir al verdugo: *haz tu oficio*, y así lo hizo en esta ocasión, y el 31 de mayo, á las nueve de la mañana, vestida de mujer y en una carreta, fué sacada del castillo la infeliz doncella, para ser conducida al suplicio horripilante. Tras de largas ceremonias celebradas en el mismo lugar de la ejecución, que era la plaza del Mercado Viejo, fué entregada al verdugo y llevada por él al cadalso, en el que en un cartel se leía en gruesos caracteres: «Juana, que se hace llamar *La Doncella*, embustera, perniciosa, abusó del pueblo, adivina, supersticiosa, blasfema de Dios, mala creyente de la fe de Jesucristo, jactancio a, idólatra, cruel, disoluta, invocadora de los diablos, cismática y herética.»

No hubo compasión para la desdichada joven; se olvidaron su comportamiento heroico, sus virtudes, sus patrióticos amores; sus enemigos implacables nada tuvieron en cuenta, ni siquiera la lozana juventud de aquella niña de diez y nueve años; con refinada crueldad contemplaron cómo se la colocaba en la fatídica pira, que ardiendo á poco achicharraba aquellas virginales carnes, produciendo los más inconcebibles dolores, hasta que el devorador elemento redujo á cenizas aquel cuerpo que encerraba un alma tan esforzada y un corazón tan tierno, corazón que las tradiciones afirman resistió al vivísimo fuego de la hoguera. Las cenizas de aquella mártir incomparable fueron arrojadas al Sena, entre cuyas aguas marcharían lejos de la Patria que tanto amó.

Monstruoso suplicio, pero más monstruosa todavía la indiferencia del rey Carlos VII, que nada hizo por salvar la vida á la que con admirable abnegación y heroísmo había salvado su trono. ¡La ingratitud no es de estos tiempos!

Poco á poco se arrepintió de su conducta el débil monarca, y cuando más tarde fué dueño de París, provocó en favor de la doncella una tardía rehabilitación. La sentencia favorable á la memoria de la sacrificada fué pronunciada en Rouen, en 7 de julio de 1456.

Francia se enorgullece de su heroína, y el mundo entero no puede por menos de rendir un tributo de admiración sublime á la mártir delicada y tierna, á la soñadora y poética *Doncella de Orleans*.

Cuando el Redentor de la humanidad predicaba que nos amáramos los unos á los otros, no distinguía, según creemos, de colores, pues que todos, blancos, negros y amarillos, descendemos de Adan y Eva y todos somos hermanos. No lo entienden así en la democrática república norteamericana. Está allí prohibido el enlace de gentes de distinto color, y recientemente, el Tribunal de Richmond ha condenado á diez y ocho meses de prisión á un blanco y á una negra que se casaron, violando así las leyes del Estado de Virginia. Perdonen los yanquis; pero esas leyes se nos antoja que no son ni cristianas, ni democráticas, ni siquiera humanas.

***

En Bélgica no existe la pena de muerte, por haber prometido el rey Leopoldo á su madre, cuando ésta se hallaba en su lecho de muerte, no firmar ninguna sentencia de pena capital.

Los desesperados.—Historia de suicidios

La inmensa mayoría de los suicidios tienen por causa el amor.

El hombre ó la mujer que se mata á raíz de una ruptura ó como consecuencia del abandono, no solamente es presa de la desesperación; siente también un tedio de la vida, un disgusto, un *spleen* tal, que experimenta irresistibles deseos de salir del mundo como de un espectáculo repugnante.

Uno de los más resonantes suicidios, el del general Boulanger, fué pura y simplemente por amor, siquiera los políticos hayan pretendido dar otra explicación que convenía á sus fines.

Se ha dicho que el popularísimo general puso fin á su vida porque veía á su partido derrocado y su bolsillo sin dinero, y que la muerte de su adorada sólo había sido un pretexto.

Todos los que conocen los últimos días de su existencia saben hasta qué punto es calumniosa esta versión. Dígase lo que se quiera, Boulanger vivió siendo siempre el subteniente enamorado y sentimental. Sus contrariedades políticas no le habían abatido hasta el punto de obligarle á dejar la vida. Pensaba, por el contrario, que acabaría por tomar la revancha; que para ello no necesitaba más que vivir y esperar.

Amigos fieles ponían en aquellos momentos dinero á su disposición, y le proponían que hiciese un viaje alrededor del mundo...

¡Pero no!... Boulanger adoraba á la pobre muerta, y cuando se la llevaron al cementerio, enterraron con ella la mitad del alma del general.

Luchó algunos días, algunas semanas; pero el mísero enamorado no pudo sustraerse á la atracción de aquella tumba. «¡Qué alegría más grande no vivir!», fué la última frase que escribió á un amigo.

Para persuadirse de que la existencia del famoso general terminó con la de la mujer amada, basta conocer las dos cartas que escribió á su grande amiga Mme. Séverine. La una estaba trazada con mano firme, indicando en su autor un estado completamente normal, una perfecta posesión de sí mismo. La fecha era anterior á la muerte de su amada.

La escritura de la segunda fechada algunos días después del penoso acontecimiento - era temblorosa é irregular; diríase que estaba trazada por la pluma de un anciano. En tan poco espacio de tiempo, Boulanger parecía haber envejecido veinte años.

Poco días después, el pobre general caía muerto sobre la tumba que encerraba á la mujer cuyo recuerdo llenaba por completo todo su ser.

Pero los hombres no suelen llevar la pasión hasta este extremo. El amor no es á veces para ellos más que una anécdota de su vida; para las mujeres, en cambio, el amor es la síntesis de la existencia.

Por esto son muchas más las mujeres que se suicidan por amor. A veces, sin embargo, la pasión une á dos seres que buscan en la muerte el reposo y la paz del corazón.

Alemania nos ofrece el ejemplo de un suicidio famoso, que puede pasar como modelo novelesco de todos los dobles suicidios románticos contemporáneos. Nos referimos al del poeta alemán Enrique Kleist y de la señora Vogel, mujer de un comerciante de Berlín.

Se amaban y con frecuencia «hacían música».

Una tarde que Enriqueta—creemos que así se llamaba la señora Vogel—acababa de cantar al clavicordio, el poeta, exaltado, exclamó:

—¡Oh, qué hermoso canto! ¡Después de esto no hay más que morir!...

Enriqueta se quedó largo tiempo pensativa; después, tomando nerviosamente la mano del poeta, le dijo con voz dulce y resuelta:

—¿Me promete usted matarme cuando yo se lo diga?

—Con todo mi corazón—contestó él—; y luego me mataré yo.

Algunos días después llegaron dos *touristas* á una casita aislada junto al lago de Wan, en los alrededores de Postdam. Pasaron la noche, y á la mañana siguiente almorzaron alegremente y con apetito, paseándose luego largo rato por la orilla del lago, antes de tomar el café, á la sombra de los árboles seculares.

Cuando la criada volvió á recoger el servicio, encontró á los *touristas* sentados sobre un macizo césped. Estaban muy alegres. Pero apenas había andado treinta pasos en dirección á la casa, oyó dos detonaciones consecutivas. No paró en ello la atención, suponiendo que los huéspedes se divertían en tirar tiros al aire.

Momentos después llegaba un carruaje á galope tendido, y dos berlineses se lanzaron en la hostería preguntando con ansiedad qué había sido de los dos *touristas* llegados la víspera.

Era M. Vogel, el marido, acompañado de un amigo del poeta, á quien éste le había escrito anunciándole la ejecución del proyecto de la señora Vogel.

Se buscó á los dos desgraciados, que estaban sobre el ésped, cubiertos de sangre, helados por la muerte.

Enriqueta tenía el corazón atravesado por una bala. Kleist se había destrozado el cráneo. ¡En sus labios había quedado estereotipada la última sonrisa!...

La idea del suicidio no surge, casi nunca, al mismo tiempo en dos desesperados. Es sólo uno de ellos quien concibe la fatal resolución.

Entonces comienza lo que Lombroso llama la sugestión del suicidio, sugestión tanto más terrible cuanto que sucede á veces que el sugestionado, que al principio resiste á la idea de morir, es el que luego escoge el arma, el que da ánimos al sugestionador, si éste experimenta un desfallecimiento en el último instante.

La aventura de los tres borrachos es uno de los tantos ejemplos de este extraño fenómeno.

Uno de ellos tenía «triste el vino»; sus dos camaradas, al contrario, iban más alegres que unas pascuas.

Por el camino exclamó el taciturno:

—¡Me voy á echar al río; estoy ya cansado de esta cochina existencia!

Sus compañeros, tomando la cosa á broma, contestaron, riendo, que la vida era encantadora, puesto que se podía beber buen vino.

El entristecido protestó con indignación, explicando lo estúpido que era afanarse para vivir, cuando podía dormirse en el fondo del Sena Tal elocuencia puso en la defensa de su obstinada idea, que los camaradas sintieron los efectos de la sugestión. En sus brumosos cerebros encontraron la cosa llena de encanto. ¡Sí, qué dulce debía ser el eterno reposo!...

—Tienes razón - acabaron por exclamar —; es una imbecilidad seguir viviendo. ¡Vamos á ahogarnos!

Los tres se echaron de cabeza al Sena, y el único que se salvó fué el que había predicado el suicidio, que se sostuvo lo suficiente á flor de agua para que los guardias, á sus gritos, acudieran.

No siempre es la desesperación la causa del suicidio; siendo el amor propio el gran móvil de las humanas acciones, los desgraciados se matan muchas veces únicamente por tener un día celebridad, ó bien por haberlo anunciado y no querer exponerse al ridículo.

Una artista que había resuelto envenenarse por sus contrariados amores con un compañero de teatro, decía, cuando se vió salvada, gracias á la oportunidad con que se le suministró el contraveneno;

—En el fondo, yo no tenía malditas las ganas de morir; pero le había escrito que no me volvería á ver; que si á tal hora no estaba en casa, me mataría. Como no fué á verme, cumplí lo prometido. ¡Hubiera querido ver la cara que ponía al encontrarme muerta!

Vamos á desimpresionar al lector de este lúgubre desfile, terminando con un sainete, alusivo al drama, relatando la aventura de un pseudosuicida.

Un estudiante de París, que había agotado todos los

recursos para sacar dinero á su padre, discurrió un medio infalible para obtener 2 000 francos.

Escribió una carta dramática, solicitando dicha suma para solventar una deuda de honor. El padre, harto de los extravíos del hijo, creyó que se trataba de un infundio; pero, sin embargo, le remitió 1.000 francos.

El *fresco* contestó á correo seguido con una carta apremiante, diciendo que de no tener en seguida la cantidad completa, no tenía otro recurso «que levantarse la tapa de los sesos».

Loco de desesperación el padre, telegrafió al jefe de Seguridad, de quien era íntimo amigo, suplicándole buscase á su hijo para entregarle los 1.000 francos que habían de salvarle la vida.

Sin perder tiempo, un inspector marchó precipitadamente á cumplir el encargo, y cuál no sería su asombro al penetrar en la casa y encontrarse al pseudosuicida que, lejos de estar entristecido y desesperado, se encontraba en gran jolgorio y de bullicio con un par de *ninfas* de Luxemburgo, bebiéndose, sin duda, el primer billete de 1.000 francos y esperando llegara el segundo para prolongar la fiestecita.

El terrorismo en Rusia

El general Koshiliff, asesinado en Riga.—Lucha á tiros en las calles para capturar al asesino.

Si del terrorismo ruso hubiéramos de ocuparnos, no bastarían las páginas de nuestra Revista para dar cuenta de los atentados que á diario se cometen en el autocrático imperio. La prensa diaria nos entera de las continuas agresiones de los terroristas y de las represalias sangrientas de las autoridades. Una lucha terrible está entablada entre unos y otros. El fin nadie puede preverlo.

Por lo emocionante y dramático, relataremos á nuestros lectores el asesinato del general Koshiliff y la persecución accidentada del asesino, hecho acaecido en Riga á mediados del pasado mes de febrero.

Hace algun tiempo, el general Koshiliff, gobernador militar de Riga y presidente del Consejo de guerra permanente que todos los días envía á la horca á unos cuantos individuos sospechosos de liberalismo, recibió un anónimo en que se le decía lo que sigue:

«Ya has firmado sesenta y dos penas de muerte. Todos los ajusticiados por orden tuya eran mucho más nobles y honrados que tú. El Tribunal revolucionario de las provincias del Báltico ha decidido que mueras, para que expíes tus crímenes. Ve arreglando tus asuntos, porque te queda poco tiempo de vida.»

Koshiliff no hizo caso. Y desde el día en que recibió el anónimo mostróse más implacable aún con los presos políticos.

Todas las mañanas había ejecuciones en el patio central de la cárcel de Riga. Y todas las tardes salían de esta ciudad para la Siberia lastimosas caravanas de sentenciados á presidio.

Koshiliff salió de su casa el día del suceso y fué al Gobierno militar, donde el Consejo de guerra celebra sus sesiones. Desayunóse y luego reunió á los jueces militares, y en menos de dos horas envió á tres hombres y á una mujer á la horca, y á otros varios á la deportación. Considerando que ya había trabajado bastante, salió del Gobierno militar á pie. Seguíale á poca distancia su ayudante, y varios policías, vestidos de paisano, le rodeaban disimuladamente, para evitar que se le acercase alguien.

Al llegar Koshiliff á una de las calles principales de la población, vió que un joven, elegantemente vestido, le llamaba desde la puerta de un lujoso establecimiento.

—¡Eh, general!—gritábale.

Koshiliff cruzó la calle para dirigirse á donde estaba.

—¿Quién es usted? dijo aproximándose.

El joven sonreía y le estrechó entre sus brazos. Luego le dijo algunas palabras al oído.

El general retrocedió muy pálido y se volvió con precipitación á su ayudante, que se había detenido respetuosamente á varios pasos de distancia.

—¡Prenda á ese hombre!—ordenóle tembloroso. Pero el joven le había cogido por el cuello y le gritaba con voz terrible:

—¡Muere, asesino!—Su mano derecha empuñaba un revólver. Sonaron dos detonaciones, y el general se desplomó, con la cabeza destrozada. El ayudante sacó su sable y se lanzó contra el terrorista; pero éste le evitó y echó á correr calle arriba.

Entonces comenzó una persecución encarnizada. Los policías corrían tras el joven, que volvíase de vez en cuando, hacía fuego sobre el que le seguía más de cerca y continuaba su precipitada fuga. De pronto, cuando los policías creían ya que iban á detenerle, el terrorista saltó sobre un trineo y ordenó al cochero que fustigase á su caballo.

Los agentes, viendo que perdían terreno, hicieron lo propio.

Y de esta guisa, perseguidos y perseguidores recorrieron diversas calles, cambiando disparos, con gran terror de los transeuntes.

El terrorista, viendo que el trineo de sus perseguidores corría más que el suyo, saltó á tierra y continuó su fuga, internándose por un barrio de calles estrechas, donde no pueden circular los trineos. Y los policías tuvieron que continuar á pie la persecución. En una especie de callejón el terrorista se encontró cercado. Dos policías le cortaban la salida y otros cuatro le iban á los alcances. Arrimóse á la pared, y tendió de un tiro á un policía. Los demás le hicieron fuego, y al cabo cayó herido de cinco balazos.

En cuanto al general Koshiliff, se desespera de salvarle.

El suceso ha causado gran sensación en Riga.

El campeonato de las condenas

Que nosotros sepamos, José Galindo, natural de Alba, ha sido quien ha batido el *record* de los años de condena. En el año 1893, compareció ante la Audiencia de Palencia para responder de *doscientos diez y siete* delitos de falsificación de documentos públicos de que se le acusaba, siendo condenado por cada uno de ellos á la pena de catorce años de presidio, reuniendo, por lo tanto, sobre sus costillas la friolera de ¡tres mil treinta y ocho años!, que ya constituye una bonita cifra, si se tratara de otro género de *regalo*.

Nuestros sorteos

En el celebrado el día 27 de febrero han resultado favorecidos los señores siguientes:

Con el premio de 25 pesetas, D. Juan Trilla, músico del regimiento de Alcántara, Barcelona. **Con 10 pesetas,** D. Ramón Docal, músico de infantería de Marina, Ferrol. **Con una novela encuadernada,** los Sres. D. José Alonso López, carabinero, Valencia; D. Guillermo Roch, teniente de la Guardia civil, Jumilla (Murcia); D. Félix Rodrigo, sargento de Ingenieros, Pontevedra; D. Antonio Balbís, sargento de Ceriñola, Orense; D. Antonio López Ricaldi, auxiliar de Administración Militar, Santander; D. Melanio Huerta Díaz, Tineo (Oviedo); D. Mateo Vacarisas, educando de música del regimiento de Mahón, número 63, Mahón (Baleares).

Los premios en metálico han sido remitidos en sobres monederos, y las novelas, por correo, certificadas, con arreglo á nuestras promesas, que cumplimos fielmente, como puede comprobar el que así lo desee.